

El Movimiento “Antiglobalización” y sus particularidades en el caso español

El “movimiento de movimientos” altermundista ha tenido unos antecedentes y unas redes madrugadoras que han ido surgiendo a medida que el proceso de globalización neoliberal ha ido avanzando: las “nubes de mosquitos” que acudían a las “contracumbres” y el zapatismo han sido sus más claros ejemplos. Pero ha sido luego, a medida que la “globalización feliz” se ha convertido en mera ilusión para la gran mayoría, cuando se ha desarrollado un ciclo de luchas que ha tenido en el 15 de febrero de 2003 su máxima expresión pública y visibilidad.

En el caso español nuestras particularidades históricas, políticas y culturales explican que el desarrollo de este movimiento se haya caracterizado por una mayor fragilidad social y una fragmentación todavía no superada entre sus principales redes y colectivos, compensada no obstante por la confluencia con redes informales y por el creciente uso de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación para la difusión de las iniciativas, discursos y mensajes del movimiento. En ese contexto específico cabe afirmar que también aquí se ha ido desarrollando una nueva cultura de la movilización que está encontrando en una nueva generación juvenil su principal protagonista.

Palabras clave: Movimiento, capital social, cultura política, activismo transnacional.

La vida del llamado movimiento “antiglobalización” es todavía muy corta –apenas 7 años, si nos centramos en su irrupción pública transnacional y mediática– y, sin embargo, su recorrido a lo largo de todo este tiempo ha sido extraordinariamente intenso hasta el punto de haber merecido el reconocimiento de la prensa internacional como “nueva superpotencia emergente”. ¿Cuáles son los orígenes y los principales hitos de la evolución de este movimiento? A eso es a lo que intentaremos responder en esta primera parte, aunque sea de forma muy sintética, para luego entrar a abordar el caso español.

De la “nube de mosquitos” al “movimiento de movimientos”

Ante todo, hay que empezar recordando que todo movimiento surge en un contexto y cuenta con unos antecedentes y redes madrugadoras que ayudan a entender su aparición en la escena política. Por eso no se puede abordar su aparición sin hacer referencia a lo que constituye el motivo principal de su configuración como tal: se trata, evidentemente, del progresivo avance del neoliberalismo como proyecto hegemónico global que llega a su cota más alta a comienzos de los años 90, tras la caída del bloque soviético, haciendo así cada vez más visibles sus consecuencias sociales, políticas, ecológicas y culturales en distintas partes del mundo. La revuelta del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, iniciada el 1 de enero de 1994 contra la

entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio entre EEUU, Canadá y México, merece ser mencionada como el primer antecedente simbólico, ya que irrumpió como el primer signo esperanzador de que era posible resistir al neoliberalismo y, por tanto, de que se podía cambiar el rumbo del planeta. El hecho de que el protagonismo de ese movimiento fuera asumido por los pueblos indígenas permitió hacer visible una larga historia de resistencia de quienes habían quedado relegados al olvido y a la exclusión. Sus ecos llegaron enseguida a los primeros grupos juveniles que se estaban formando en Estados Unidos y Europa (*Reclaim the Streets* en Inglaterra, *Basta Ya!* en Italia) contra la “globalización” así como a movimientos campesinos e indígenas de América Latina, creando ámbitos de coordinación e intercambio de experiencias que culminarían en la constitución de las primeras redes a escala mundial, como los Encuentros Intergalácticos por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo y, a otra escala, Acción Global de los Pueblos.

Simultáneamente, se estaban desarrollando ya desde finales de la década de los 80 las primeras iniciativas frente a las “Cumbres” internacionales, especialmente las que reunían al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial, considerados como brazos ejecutores del llamado “Consenso de Washington” neoliberal. El Foro Alternativo que se celebró en septiembre de 1994 en Madrid, coincidiendo con la Asamblea de esos organismos, fue otro ejemplo de actividad pionera en un momento en el que todavía se vivía en un clima de “globalización feliz” entre las grandes potencias. Fue el papel destacado que una minoría transnacional de activistas jugaba en esas “contracumbres” lo que llevó a calificarla como una “nube de mosquitos”, con tono despectivo desde algunos medios pero también con ironía y expresión de una modesta autoestima desde otros, si bien desde el movimiento se prefería la metáfora del “enjambre de abejas” por reflejar mejor el sentido de trabajo colectivo y solidario. Sin embargo, generalmente la repercusión mediática de estas actividades fue limitada, reducida la mayoría de las veces a la difusión de las escenas anecdóticas de violencia que se producían con ocasión de esas “cumbres”.

Pero el inicio de una serie de crisis financieras a partir del año 97, que afectaron en particular a los llamados “mercados emergentes” y alertaron sobre los riesgos sistémicos que estaba generando la “burbuja especulativa”, marcó un cambio de fase en el que el malestar acumulado en muchas poblaciones del “Norte” –frente a la tendencia creciente al desmantelamiento del Estado de bienestar– y del “Sur” –ante las consecuencias de las “terapias de choque” impuestas desde las instituciones financieras internacionales para obligar a pagar una Deuda Externa que no cesaba de aumentar– iría manifestándose ya más abiertamente en los años siguientes. En ese momento de transición es la movilización contra la “Cumbre” de la OMC –otra organización surgida al calor de la globalización– en Seattle a finales de noviembre de 1999, la que se convierte en el detonante de un ciclo de luchas: el bloqueo físico de esa Cumbre por los manifestantes, al grito de “El mundo no es una mercancía”, coincide además con la ausencia de acuerdos entre los Estados participantes, obligados a reconocer las diferencias que les enfrentan en su concepción del “libre comercio”.

Paralelamente, en Francia se constituye en junio de 1998 una nueva organización, ATTAC (Asociación por una Tasación sobre las Transacciones Financieras para Ayuda a los Ciudadanos), promovida principalmente desde la revista mensual *Le Monde Diplomatique* y con la participación de

representantes de diversas organizaciones sociales y ciudadanas. Su lema general (“Se trata, simplemente, de reapropiarnos, todos unidos, del porvenir de nuestro mundo”) expresa la dimensión utópica de su discurso, lo cual no impide que, poniendo el acento en la denuncia de la “dictadura de los mercados” y de la globalización financiera, asuma la necesidad de luchar por reformas parciales como la Tasa Tobin (un modesto impuesto sobre las operaciones de cambio de divisas que se producen de un país a otro a corto plazo, con el fin de poner un freno al capital especulativo y dedicar los ingresos obtenidos a la satisfacción de las necesidades básicas de la Humanidad), la eliminación de los paraísos fiscales o la anulación de la deuda externa. Concebido como un movimiento de educación popular, decidido a combinar la protesta y la propuesta, Attac se ha esforzado por insertar su lucha, empleando las palabras de uno de sus animadores, “en una perspectiva democrática (reafirmación de la primacía de la política frente a la dictadura de los mercados), pedagógica y militante (puesta al día y crítica de los mecanismos financieros del neoliberalismo), social (gravamen del capital y no del trabajo), solidaria (utilización del ingreso del impuesto para reducir las desigualdades, en particular Norte-Sur) y antiespeculativa (limitación de los movimientos especulativos de capitales)”. Desde entonces Attac se ha ido extendiendo a un número cada vez mayor de países y se ha convertido en una de las principales redes internacionales del movimiento.

La Marcha Mundial de Mujeres Contra la Pobreza y la Violencia Contra las Mujeres es otra red que se crea a partir de una iniciativa de la Federación de Mujeres de Québec el 8 de marzo de 2000, con el objetivo de convocar a las mujeres a manifestarse los días 16 y 17 de octubre de ese año en Bruselas y Nueva York ante las grandes instituciones internacionales, con el fin de denunciar tanto la feminización de la pobreza como las distintas formas de violencia que se ejercen contra las mujeres. El éxito de esa iniciativa les ha ido permitiendo su extensión progresiva a una serie de regiones del Norte y del Sur, llegando a coordinar en la actualidad alrededor de 5000 grupos presentes en total en 164 países.

Enero de 2001 marca un salto adelante en ese proceso con la celebración del Primer Foro Social Mundial en Porto Alegre, resultado de una iniciativa conjunta de Attac, *Le Monde Diplomatique* y la Alcaldía de Porto Alegre, ciudad gobernada por el Partido de los Trabajadores de Brasil que empieza a ser conocida internacionalmente por su experiencia de Presupuestos Participativos. Este Foro, concebido como una alternativa al Foro Económico de Davos, se ha ido convirtiendo en el espacio privilegiado de encuentro de la gran mayoría de redes de lo que ya se conoce como un “movimiento de movimientos”, puesto que en él se va integrando una enorme diversidad de colectivos que tienden a coincidir no sólo en un “gran rechazo” al Neoliberalismo y, sobre todo tras el 11-S, a la Guerra sino también en la necesidad de promover alternativas que hagan cada vez más creíble la idea fuerza de que “Otro Mundo es Posible”.

El desarrollo del movimiento chocó luego con dos pruebas importantes entre julio y septiembre de 2001: primero, con las manifestaciones que se celebraron en julio contra la Cumbre del G-8 en Génova, y luego, tras los atentados del 11-S en EEUU, con la nueva estrategia de “guerra global contra el terrorismo” que emprendió la administración Bush. En Génova se produjo la mayor movilización que hasta entonces se había emprendido desde las redes y Foros Sociales que se habían empezado a crear y fue allí donde, pese a los esfuerzos de Berlusconi, se logró superar los intentos de

criminalización del movimiento, falsamente acusado de recurrir a la violencia. Pero fue sobre todo con la respuesta al inicio de la guerra de Afganistán en octubre de 2001 y, luego, con la extraordinaria movilización global que se desencadenó frente a la “guerra preventiva” contra Iraq, simbolizada en la jornada global del 15 de febrero de 2003, cuando este movimiento logró confluir con amplios sectores de la opinión pública mundial. Porque es importante recordar que la iniciativa de convocar esa jornada fue tomada en el Primer Foro Social Europeo, reunido en Florencia en noviembre de 2002, y apoyada posteriormente por el Tercer Foro Social Mundial, celebrado de nuevo en Porto Alegre en enero de 2003; no se trató, por tanto, de nada espontáneo o de algo promovido por partidos, aunque finalmente se incorporaran y trataran de encabezar incluso esas protestas.

Posteriormente, hemos podido observar un relativo reflujo en las movilizaciones, con los consiguientes debates sobre las perspectivas del movimiento y la necesidad o no de elaborar programas de acción comunes, todo ello en el marco de los diversos Foros, Encuentros y “Contracumbres” que han continuado celebrándose, en los que han jugado un papel destacado en su preparación medios contrainformativos como *Indymedia* y viejas y nuevas redes (como, sobre todo, Vía Campesina, creada en abril de 1992, la cual ha ido agrupando a un creciente número de organizaciones sociales, destacando entre ellas el Movimiento Sin Tierra de Brasil y la Confederación Campesina de Francia, llegando a tener un protagonismo central en la denuncia de la OMV y la lucha por la soberanía alimentaria) y las diversas Asambleas de Movimientos Sociales que se han ido creando a escala continental. Especialmente significativa ha sido la experiencia del Foro Social Mundial “policéntrico”, desarrollado en 2006 en Bamako (Malí), Caracas (Venezuela) y Karachi (Pakistán), uno de cuyos objetivos era superar la imagen “euroamericana” del FSM y rebatir en la práctica el nefasto discurso del “choque de civilizaciones”. Si bien es cierto que en estos espacios no se reconocen todos los sectores del movimiento, especialmente los más jóvenes y alternativos, no cabe duda que constituyen en la actualidad el ámbito donde un mayor número de redes y colectivos se encuentra y acuerda campañas e iniciativas comunes.

A lo largo de estos años, por tanto, este movimiento ha ido consolidándose como un actor de primer plano en la política global y en la defensa de los bienes públicos comunes, al cual ya no pueden ignorar los gobernantes, las multinacionales o las grandes instituciones económicas internacionales. Pese a su creciente pluralidad, hay un diagnóstico compartido (injusticia global), una determinación clara de los responsables del proceso de mercantilización de todo lo vivo en el planeta (G-8, BM, FMI, multinacionales, EEUU y, aunque en menor grado, la UE y Japón) y una aspiración transformadora común (“Otro mundo es posible”) que permiten un amplio consenso interno y una legitimación del movimiento ante la opinión pública. Esto es más evidente si cabe en un momento en el que estamos pasando ya de la “globalización feliz” de comienzos de los 90 a una crisis abierta de esa globalización, en la medida que a su deslegitimación parcial por el movimiento se va sumando una crisis de eficacia (denunciada especialmente por expertos procedentes del propio sistema como Joseph Stiglitz), mientras se acentúan las desigualdades y se refuerza el recurso a la guerra por parte de la gran potencia hegemónica. No es casual, por tanto, que en ese nuevo contexto el antiguo consejero de Seguridad Nacional de Estados Unidos Zbigniew Brzezinski haya llegado a considerar que “la antiglobalización se ha

desarrollado intelectualmente y ha pasado de ser un sentimiento poco definido a convertirse en un contracredo, fortalecido emocionalmente por el antiamericanismo” para añadir que “como tal contracredo, sirve para llenar el vacío dejado por la caída del comunismo, ya que centra la atención intelectual en las dos realidades (una política y otra económica) centrales del mundo, como son la hegemonía y la globalización y, al mismo tiempo, ofrece una crítica de ambas” (2005: 177); más allá de los matices, en valoraciones como ésta se puede comprobar un reconocimiento del potencial antisistémico que encierra este movimiento así como de su capacidad para superar el famoso discurso del TINA (“There is No Alternative”) que trató de convertir en un lugar común Margaret Thatcher tras la caída del muro de Berlín.

Otra dimensión importante y relativamente novedosa de este movimiento ha sido el hecho de haber introducido una nueva cultura de la movilización y de la autoorganización ciudadana. La constatación de los límites de las organizaciones partidarias y sindicales, la profunda aspiración a una democracia participativa –lo más horizontal posible y lo menos jerárquica posible–, el “capital cultural” con que cuentan muchos de los activistas de estos movimientos y las ventajas que ofrecen las nuevas tecnologías para facilitar la agilidad en la información y la articulación de las diferentes iniciativas, han estimulado un esfuerzo de innovación permanente que, aun no estando exento de conflictos y tensiones –particularmente respecto al papel de los partidos dentro de los Foros o a la necesidad o no de dotarse de un “programa”–, han contribuido a ofrecer una imagen de coherencia a la hora de dar credibilidad a otra idea fuerza, la de que “Otra democracia es posible”.

Esa voluntad innovadora también se ha puesto de relieve en la ampliación del repertorio de formas de acción que han ido haciendo muchos de estos colectivos: desde el bloqueo de las reuniones de las “Cumbres” oficiales hasta el boicot a productos y “marcas” comerciales, pasando por manifestaciones lúdicas de todo tipo (el “reclamo de las calles” o los “pasacalles” como otra forma de manifestarse buscando el contacto directo con la gente), las consultas sociales alternativas, la resistencia activa y no violenta a la policía, el bloqueo de las carreteras y trenes, así como las nuevas técnicas de boicot electrónico y un largo etcétera todavía abierto.

Sin embargo, sería incompleto este análisis si no reconociéramos también que, si bien este movimiento ha logrado transformarse en actor global, está lejos todavía de haber alcanzado victorias o conquistas parciales significativas en el Norte. Podríamos decir que éstas se han conseguido más en el plano cultural y ético (particularmente frente a lo que ha significado la guerra de Iraq), pero no en el político o en el de las reformas parciales que algunas de sus redes propugnan. Ni siquiera se ha logrado que una propuesta como la Tasa Tobin se adopte en áreas como la UE y difícilmente se podría aplicar si se hubiera aprobado ya el actual proyecto de Constitución Europea, como ha alertado precisamente Attac, organización que por cierto jugó un papel destacado en la campaña por el No a ese Tratado, especialmente en Francia.

Queda por tanto aún mucho camino por recorrer en el que la capacidad de vincular lo global y lo local, como se quiso simbolizar eligiendo Porto Alegre como centro propulsor, también será fundamental para conseguir el anclaje ciudadano suficiente de este movimiento en los próximos años. En este

camino es en América Latina donde existen ya experiencias exitosas de la capacidad de los movimientos sociales para bloquear determinadas políticas neoliberales, como las privatizaciones del agua, como ha ocurrido en Ecuador y, sobre todo, Bolivia, en donde no podría entenderse la victoria electoral de Evo Morales sin la ola previa de movilizaciones iniciada en el año 2000. Es precisamente en ese continente donde hemos podido comprobar el fracaso del Tratado de Libre Comercio de las Américas, promovido desde Estados Unidos, habiendo surgido ahora nuevos proyectos subregionales o entre determinados países cuyo alcance y expectativas de salir del neoliberalismo están todavía por ver.

El caso español: Redes formales e informales, fragmentación y nueva radicalización juvenil

Los rasgos antes descritos han ido teniendo también sus manifestaciones en el ámbito del estado español, en donde sin embargo sigue constatándose un menor “capital social” y un menor grado de participación no convencional en comparación con la media de la Unión Europea de los 15. En otros trabajos he intentado analizar los motivos de esos déficit, ligados a la larga existencia de la dictadura franquista, a la forma pactada que tuvo la transición política y a la tardía aparición y crisis prematura que conocieron los “nuevos movimientos sociales” (1998, 2000). Todo esto ayudaría a explicar por qué que después de un rápido ascenso en la afiliación a partidos y sindicatos en los primeros años de la transición se pasó muy pronto un primer “desencanto” que se manifestó en el inmediato estancamiento y posterior mutación de los partidos en “electoral-profesionales” y de los sindicatos mayoritarios en grupos de interés; todo ello en un período tan corto que no dio tiempo a que los “nuevos” movimientos sociales, una vez frustrada la oportunidad del referéndum de la OTAN de 1986, lograran madurar lo suficiente para asumir un mayor protagonismo capaz de generar una afiliación estable a los mismos, finalmente capitalizada parcialmente por la nueva ola de Organizaciones No Gubernamentales que se desarrolla desde finales de los 80. Sólo el movimiento de insumisión al servicio militar aparece como un sustituto temporal de aquéllos, obteniendo una masificación y un eco excepcionales en el contexto europeo y apareciendo con un discurso antimilitarista y de desobediencia civil en el que se reconocen amplios sectores juveniles, muchos de ellos implicados posteriormente en lo que se conocerá como movimiento “okupa”.

Esos déficit se han visto, sin embargo, relativamente atenuados por otras variables específicas que conviene tener en cuenta. Una y muy importante es la relevancia que siguen teniendo en la sociedad española los grupos primarios o grupos de iguales: así, una Encuesta Social Europea de 2003 indicaba que, a pesar de los cambios de hábitos que se han ido dando, un 27% de ciudadanos se reúne casi todos los días con amigos, familiares o compañeros de trabajo en su tiempo libre. Este dato, superior a la media europea, vendría a confirmar el peso que tienen las redes sociales informales y la disposición a la intercomunicación personal y a la interacción cara a cara en determinados sectores de la población, pese a la penetración creciente del individualismo consumista; esta tendencia se daría en muy distintos segmentos de diferentes generaciones, pero es indudable que en la juventud es donde se manifiesta más abiertamente. Obviamente, esas redes informales tienen que ver con actividades ligadas al ocio, a la cultura, al deporte y a la diversión y no con la política directamente; pero es evidente

que con ocasión de “acontecimientos precipitantes” del malestar o de determinadas decisiones gubernamentales se pueden convertir en un medio de “micro-movilización” siempre, eso sí, que el marco de injusticia que se denuncia sea relativamente simple y su transmisión sea hecha por personas vinculadas a esas redes. Un segundo factor importante, que refuerza además el anterior a medida que hemos ido entrando en la “era digital”, es el papel que las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación están jugando para facilitar la visibilidad de los movimientos y su capacidad de forzar la apertura de la “estructura de oportunidad mediática”, por muy reducido que sea el peso numérico de los núcleos de activistas: se trata de un dato que ayuda a entender la rapidez con que se difunden los mensajes, propuestas y convocatorias y que facilita una “militancia a la carta” por parte de amplios sectores reticentes a la organización en estructuras estables. Obviamente, sus límites están en su carácter espasmódico y en las dificultades para transformarse en refuerzo de redes críticas más o menos estables.

A todo esto hay que añadir que también en nuestro país se ha ido difundiendo entre determinadas capas sociales una cultura “postmaterialista” o “postconsumista” que, si bien se ha visto contrarrestada parcialmente por la ola neoliberal e individualista posterior, no por ello ha dejado de facilitar la supervivencia de una parte de la “generación del 68” que luego ha podido conectar con una nueva generación nacida ya a la política sin el lastre de las derrotas pasadas y sin el “síndrome del muro de Berlín”; en cambio, es escasa la presencia de miembros de la generación intermedia entre ambas, como ocurre en otros países de la UE, teniendo ello que ver con el contexto de frustración y de pérdida de credibilidad de las expectativas de cambio en esas cohortes de edad, haciéndolas así más vulnerables a la cultura de la resignación y de lo que en el caso español se dio en llamar “cinismo democrático”.

Es en el marco de las limitaciones y potencialidades mencionadas como se puede entender las características de la diversidad de colectivos, redes y corrientes que aspiran a impulsar iniciativas y movilizaciones contra la “globalización” neoliberal. En sus antecedentes podemos encontrar la Campaña “Desenmascaremos el 92” que se celebró ese mismo año con ocasión del V Centenario del “Descubrimiento” de América, el MAM (Movimiento contra la Europa de Maastricht y la Globalización Económica) y, sobre todo, el Foro Alternativo “Las otras voces del planeta” que se celebró en Madrid en septiembre de 1994 frente a la Asamblea Conjunta del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, con ocasión de su cincuentenario y en coordinación estrecha con la campaña mundial “50 años bastan”.

Es ese Foro el que, ya influido por el eco que despierta en Europa el levantamiento zapatista, elabora discursos críticos y propuestas alternativas que por primera vez difunden y denuncian críticamente el papel de unas Instituciones Financieras Internacionales que hasta entonces se habían mantenido en segundo plano ante la opinión pública e incluso ante los mismos movimientos sociales alternativos. No es casual que también, coincidiendo con el evento oficial, se desarrollara otra iniciativa como la Acampada en el Paseo de la Castellana de Madrid de un grupo de personas, mayoritariamente jóvenes y cristianos, exigiendo la dedicación del 0,7 % del PIB a la Ayuda al Desarrollo, logrando una amplia simpatía en la opinión pública y particularmente entre la juventud; es precisamente a partir de

entonces cuando se crea una Plataforma que posteriormente dará nacimiento a RCADE (Red Ciudadana por la Abolición de la Deuda Externa).

Pero es sin duda en el desarrollo del Foro Alternativo donde ya se esbozan las ideas fuerza y el repertorio de acciones que serán luego ampliamente asumidas y difundidas a partir de 1999. Así, si repasamos la Declaración final, titulada “Por una convivencia equitativa y autónoma, en paz con el planeta”, vemos que se hace un balance crítico de los Programas de Ajuste Estructural, de la Deuda Externa acumulada en el Sur y de los daños ambientales que el modelo económico neoliberal va generando, apuntando hacia unos objetivos ambiciosos como son “la autonomía y la libertad de las mujeres”, “acabar con el crecimiento de la economía de mercado”, “hacer frente a la globalización económica y financiera desde los pueblos y las comunidades”, “afrontar la crisis ecológica global desde la autonomía y la responsabilidad local”, “anular la deuda externa”, “replantear la ayuda internacional” y “abolir las instituciones económicas internacionales”. Simultáneamente, se celebró una sesión del Tribunal Permanente de los Pueblos, cuyas conclusiones fueron leídas por José Luis Sampedro, y finalmente se pudo asistir a un debate contradictorio entre representantes del Foro Alternativo, por un lado, y del FMI y el BM, por otro, realizado por iniciativa del Foro. En cuanto a las acciones realizadas durante esas jornadas, éstas combinaron las más clásicas –como las manifestaciones– hasta las más novedosas, como el intento de bloqueo del lugar de reunión y de cenas y actos protocolarios en la ciudad de Madrid. También el modelo organizativo adoptado mostraba ya la voluntad de funcionar de la forma más horizontal posible, buscando el mayor consenso para el trabajo en común de la gran diversidad de colectivos participantes, destacando entre éstos las principales organizaciones ecologistas existentes entonces (VV.AA., 1995).

Los años siguientes se caracterizan por iniciativas parciales, ya sea contra el Tratado de Maastricht de la Unión Europea en 1995, en las Marchas Europeas contra el Paro, la Precariedad y la Exclusión social en 1997 o, en fin, en las manifestaciones contra la intervención militar de la OTAN en los Balcanes en 1999. Pero será bajo el efecto del éxito de las protestas en Seattle contra la Ronda del Milenio de la OMC a finales de ese mismo año cuando se produce una amplia difusión del mensaje de que “Sí, es posible...” resistir a la “globalización”, repercutiendo en la creación de los primeros núcleos, principalmente juveniles, que darán lugar al Movimiento de Resistencia Global (MRG) en el marco de la preparación de la “contracumbre” de Praga (frente a la que celebran BM y FMI) que se celebra en septiembre de 2000. Precisamente antes, el 12 de marzo de 2000, coincidiendo con la celebración de las elecciones legislativas en nuestro país, se desarrolla paralelamente una iniciativa novedosa: la “Consulta Social para la Abolición de la Deuda Externa”, impulsada por RCADE, la cual obtiene un notable éxito de participación y, sobre todo, de adhesión de miles de personas voluntarias, especialmente jóvenes, a la campaña, pese a las trabas para su celebración que impone el gobierno. La Consulta se desarrolló en 489 municipios y obtuvo 1.087.792 votos (Ibarra y Martí, 2003). Es precisamente en ese año cuando se crean también aquí los primeros núcleos de ATTAC, influidos por el eco del protagonismo que esta asociación tiene en Francia, aglutinando principalmente a sectores mayoritariamente adultos vinculados a ámbitos profesionales o universitarios.

En la segunda mitad de la década de los 90 va adquiriendo también creciente importancia la necesidad de dotarse de medios contrainformativos

por parte de estas redes, tratando de utilizar para ello las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, como ha ocurrido en otras partes y como *Indymedia*, con su papel decisivo ya mencionado en la movilización de Seattle, demuestra. En este terreno es *Nodo-50* (www.nodo50.org) la plataforma que irá adquiriendo un protagonismo creciente como espacio virtual en el que se encuentran muy diversos colectivos que irán dotándose de sus propios sitios web; le seguirán otras en distintos ámbitos (nacional, regional, local, de barrio), cuya relación sería ya muy larga.

Otro hito significativo es la movilización que se produce frente al anuncio de una Conferencia Mundial sobre Desarrollo que el Banco Mundial pretende celebrar en Barcelona en junio de 2001. La suspensión final de la misma por parte de ese organismo es percibida como un éxito por el conjunto de colectivos que por primera vez se habían coordinado para hacerle frente y se convierte en un estímulo para participar en la “Contracumbre” (frente a la del G-8) en Génova en julio de ese mismo año, verdadera prueba de fuerza para el movimiento que se saldará finalmente de forma favorable para éste.

El 11-S de 2001 constituye también en el Estado español un punto de inflexión que provoca en un primer momento cierto desconcierto para dar paso muy pronto a dar un peso mayor a la denuncia de los planes de “guerra global” que se anuncian y que tienen su primera expresión en la invasión de Afganistán por parte de la OTAN, con aquiescencia de la ONU. Es en ese contexto como se va diseñando una “Campaña contra la Europa del Capital y la Guerra” que tendrá luego, durante el primer semestre de 2002 de presidencia española de la UE, su plasmación en una diversidad de iniciativas promovidas por redes locales en las que se reconocen la mayoría de los colectivos antiglobalización y que llegarán a confluir primero con las movilizaciones contra el Plan Hidrológico Nacional en marzo, principalmente en Barcelona, y, después, con la Huelga General que los grandes sindicatos convocan el 20 de junio. No obstante, en Madrid y Barcelona se mantiene una división importante entre los sectores más activos de ese movimiento reunidos en torno a un modelo asambleario, por un lado, y plataformas autodenominadas “Foros Sociales” que agrupan principalmente a las grandes organizaciones sindicales y a los partidos políticos parlamentarios, por otro; esa división tiene su reflejo en Izquierda Unida, ya que mientras unas corrientes se reclaman y forman parte del primer polo, sus direcciones se identifican abiertamente con el segundo.

Las movilizaciones emprendidas en Galicia contra el desastre ecológico y social del “Prestige” a finales de 2002 también adquieren una dimensión antiglobalización en la medida que esa catástrofe es asociada a un “modelo” descontrolado y depredador de la naturaleza y del medio ambiente. Las iniciativas de apoyo a los pueblos afectados que se adoptan desde distintas partes del Estado, y especialmente desde asociaciones estudiantiles de muchas Universidades, así lo demuestran y se convierten incluso en la primera experiencia de activismo solidario de muchos jóvenes. Pero es sin duda el año 2003 el que marca la cresta de la ola de protestas a medida que la invasión estadounidense de Iraq parece inminente y el gobierno de Aznar muestra su disposición entusiasta a apoyarla en nombre de la “guerra contra el terrorismo”. Ese ascenso se refleja en una tendencia a la ampliación creciente de sectores sociales y organizaciones que se reconocen en el eslogan “No a la Guerra” y en la aparición de nuevas plataformas, especialmente en el ámbito de la cultura, como será el caso de la más conocida tras el “efecto Goya” (con ocasión de la denuncia de la guerra en

que se convirtió la celebración, transmitida en directo por TVE, de los Premios Goya a finales de enero de 2003): la Plataforma Cultura Contra la Guerra, principalmente en Madrid. Las manifestaciones del 15 de febrero, que luego tienen continuidad el 15 de marzo y, aunque menos, el 10 de abril, se convertirán en las más masivas de la historia contemporánea española y son el punto culminante de un ciclo de luchas que a partir de entonces empezará a conocer un relativo descenso.

Sin embargo, el alto grado de extensión del movimiento y la incorporación al mismo de fuerzas políticas parlamentarias, particularmente el PSOE, e incluso la adhesión de un buen número de instituciones, especialmente las universitarias, tienen efectos contradictorios en las principales redes del movimiento “antiglobalización”. Por un lado, facilitan la creación de una muy amplia coalición crítica frente al eje Bush-Aznar en torno a la necesidad de impedir la guerra en Iraq; pero, por otro, generan el temor en una parte de colectivos del movimiento a que la socialdemocracia se hiciera con el control del mismo. Esto derivó en una relativa división, especialmente en Madrid, no exenta de fuertes tensiones y rupturas entre colectivos que hasta entonces habían mantenido unas relaciones de colaboración más o menos estrechas, como es el caso de las que existían entre la principal organización ecologista, Ecologistas en Acción, y, aunque con menor entidad que la anterior, el CAES (Centro de Asesoramiento y Estudios Sociolaborales). Es a partir de entonces cuando se vuelve a producir una tendencia a la fragmentación entre los distintos colectivos, si bien ésta se ve atenuada en Catalunya (en donde la Plataforma Aturem la Guerra aparece como un marco de confluencia ampliamente reconocido) y, aunque con particularidades distintas, también en Euskadi. Sólo en la “noche de los móviles” del 13-M de 2004, frente a la manipulación informativa que de los atentados del 11-M hace el gobierno de Aznar, se produce una resurrección momentánea y decisiva de una “multitud” fundamentalmente juvenil que, con eslóganes como “Le llaman democracia y no lo es” y “Nuestros muertos, vuestras guerras”, toma las calles y contribuye a un “vuelco electoral” que obligará al nuevo gobierno a retirar las tropas españolas de Iraq (Sampedro, 2005).

La derrota del gobierno de Aznar ha significado, obviamente, una modificación favorable en la estructura de oportunidad política y el logro de un objetivo relevante del movimiento, pero ha conducido también a la concesión por parte de amplios sectores de la opinión pública simpatizantes del movimiento de un amplio margen de confianza al nuevo gobierno, con la consiguiente desmovilización posterior. Esto se ha reflejado en la escasa repercusión de las iniciativas que han ido impulsando la mayoría de los colectivos, ya sea en la defensa de los servicios públicos, para exigir la retirada de las tropas españolas de Afganistán o en la solidaridad con el pueblo palestino, entre otras iniciativas.

Sería no obstante un error deducir que este movimiento ha desaparecido o ha quedado reducido a sus núcleos tradicionales. En realidad, nos encontramos en una fase que se podría calificar de “sedimentación” (Calle, 2006) y que, aun siendo menos visible públicamente, está conduciendo a una diversidad de trabajos en red entre distintos colectivos y sectores sociales, especialmente juveniles. Sólo así se puede entender su implicación en iniciativas como la Campaña “Quién debe a Quién” por la abolición de la deuda externa, la reactivación de plataformas como *Rompamos el Silencio* (www.rompamoselsilencio.net; creada en 1998 pero aletargada hasta 2005,

cuando vuelve a “recuperar las calles” y a superar el bloqueo mediático en torno a una variedad de temas de denuncia que reflejan su voluntad de dirigirse a muy diversos sectores de la población) en ciudades como Madrid o, más recientemente, las sentadas por una vivienda digna, ampliadas luego a la lucha contra la precariedad, en un buen número de ciudades españolas. Es probablemente en este tipo de actividades en donde se puede comprobar que acontecimientos clave como el 13-M de 2004 (con la sensación de fuerza y la autoestima que generaron en quienes participaron en ellos) han dejado poso y están facilitando el arraigo en un sector de la juventud de una cultura de movilización crecientemente autónoma respecto a partidos, sindicatos e incluso colectivos con una composición mayoritariamente adulta. Esto no quiere decir que miembros de determinados partidos o colectivos políticos sean ajenos a estas iniciativas pero en general su estilo de trabajo tiende a ser ya muy distinto al “vanguardista” del pasado, ya que, salvo en determinados grupos, su intervención como “fracción política” no aparece previamente definida y permite, por tanto, cierto “mestizaje” con otras sensibilidades. En todo caso, es aquí también donde se comprueba la utilidad que para ese tipo de iniciativas están mostrando las nuevas tecnologías, así como el relativo consenso en torno a un funcionamiento horizontal y participativo, ofreciendo con estas nuevas formas, no exentas de reticencias, la posibilidad de generar más fácilmente un “capital social alternativo” basado en un nivel de confianza interpersonal que permita un mayor consenso de trabajo en común.

Otro ejemplo significativo de esta fase de “sedimentación” es la aparición del periódico quincenal –escrito y electrónico– de actualidad crítica *Diagonal* (www.diagonalperiodico.net) en noviembre de 2004, resultado de un largo esfuerzo de preparación de un colectivo compuesto mayoritariamente por jóvenes y muy vinculado a los sectores más activos de los últimos años. La difusión que en sus páginas encuentran las más diversas actividades de estos movimientos revela la existencia de una red de corresponsales y suscriptores muy superior a la que tuvieron iniciativas anteriores similares y permite pensar que, pese a las dificultades de todo tipo inherentes a este tipo de proyecto, pueda durar y consolidarse.

Tampoco sin la experiencia vivida en el primer semestre de 2002 y pese a la escasa voluntad del gobierno de Zapatero por promover un verdadero debate público sobre el proyecto de Tratado constitucional europeo, se podría entender la campaña que muchos colectivos del movimiento desarrollaron en contra de ese Tratado con ocasión del referéndum celebrado en febrero de 2005. Si bien el esfuerzo por difundir un discurso crítico de ese proyecto no logró un eco significativo en los medios informativos convencionales, fue sin embargo la primera vez que una visión alternativa europea del movimiento pudo llegar a sectores significativos de la población, especialmente juvenil, al menos en las grandes ciudades. Es esa escala macrorregional la que parece que en los próximos tiempos puede ir adquiriendo un papel más relevante que en el pasado, ligada también a la búsqueda de respuestas comunes en ese ámbito no sólo a las políticas neoliberales (como se ha podido ya comprobar en la campaña contra la directiva Bolkestein) sino también a líneas de fractura claves como la que gira alrededor de las migraciones. En ese camino iniciativas como la “Caravana Europea por la libertad de movimiento”, creada a raíz de las muertes de inmigrantes subsaharianos ocurridas en el Norte de África en

septiembre de 2005, o las redes de coordinación que en el marco del Foro Social Europeo celebrado en Atenas en mayo de 2006 y, en nuestro caso, del Foro Mundial de las Migraciones reunido en Madrid en junio de 2006 se han ido creando suponen pasos adelante en la respuesta a las tendencias xenófobas y a las restricciones de libertades y derechos que se extienden en la UE, en sus fronteras y en esas nuevas áreas subcontratadas para el trabajo represivo de la inmigración subsahariana en que se han convertido los países vecinos del Norte de África.

En ese marco de “sedimentación” de los diferentes colectivos y las diversas redes del movimiento y de redefinición de la agenda y los temas de intervención tiene interés mencionar el desarrollo de campañas específicas directamente orientadas a la denuncia del papel de las multinacionales europeas –y españolas– en América Latina. Este es el caso de las emprendidas contra Repsol, Endesa y otras, a través de las cuales se están estableciendo nuevas coordinaciones y alianzas entre los movimientos sociales de ambos continentes, reflejadas por ejemplo en iniciativas como Enlazando alternativas (www.alternativas.at), cuyo último encuentro se celebró en Viena en mayo de 2006, coincidiendo con la Cumbre oficial UE-América Latina. Teniendo en cuenta el contexto de cambio político y social que se está produciendo en varios países de aquel continente así como la especial sensibilidad que tradicionalmente ha existido en la sociedad española y las sucesivas generaciones juveniles hacia esos pueblos, es muy probable que éste sea un eje significativo de actividad de un sector del movimiento altermundista español, con mayor razón cuando en ella puede implicarse también una parte al menos de la población inmigrante procedente de los países latinoamericanos.

Lo “glocal”, las ciudades y el territorio

Otro ámbito que está adquiriendo creciente relevancia es el que tiene que ver con la misma configuración de las ciudades como un espacio de conflictividad en el que lo “glocal” conoce una plasmación cotidiana: es decir, los problemas locales y globales aparecen interrelacionados como una especie de microcosmos en el que se manifiestan todas las contradicciones y líneas de fractura que desgarran a nuestras sociedades. Esta tendencia a la reproducción, concentrada y segmentada a la vez, de las consecuencias de la “globalización” en las ciudades, especialmente en las ciudades globales”, es ya un fenómeno generalizado y ampliamente analizado (Davis, 2006; Fernández Durán, 2006). En ese marco tiene interés mencionar la relevancia de iniciativas como la antes mencionada de *Rompamos el Silencio* y, sobre todo, la aparición en muchas ciudades y Comunidades Autónomas de amplias coaliciones críticas de distintos colectivos sociales, vecinales y ecologistas en relación con la denuncia de la especulación inmobiliaria, la corrupción o la degradación ambiental. Muchos de estos colectivos no se sienten probablemente parte del movimiento altermundista pero el alcance de los fenómenos que denuncian y la presencia significativa de grupos ecologistas (principalmente, Ecologistas en Acción) en esas plataformas de “defensa del territorio” y de lucha por ciudades y costas habitables y sostenibles pueden permitir la difusión en su seno de discursos críticos que vayan más allá de luchas meramente “nimby”. También tiene interés resaltar que este tipo de plataformas adquieren también una dimensión nacional político-cultural en determinadas Comunidades, como es el caso de cataluña (Martí y González, 2006). La posibilidad de que estas actividades

lleguen a confluir con las que se dan contra la precariedad, por una vivienda digna o a favor de los derechos de los trabajadores inmigrantes está todavía por ver; en todo caso, aparecen como una línea de respuesta que puede al menos contrarrestar el desarrollo de otro tipo de movimientos alrededor de la “cultura” del miedo y de la inseguridad ciudadana, tendencialmente xenófobos y partidarios de limitaciones crecientes de libertades y derechos.

El balance final que cabe hacer de este breve e incompleto recorrido es que también en la sociedad española se ha ido configurando un movimiento altermundista que abarca una creciente diversidad de temas y colectivos y que, aun adoleciendo de menor anclaje social y nivel de afiliación así como de una mayor fragmentación que en otros países europeos, ha demostrado una capacidad de movilización notable tanto durante el primer semestre de 2002 como, sobre todo, durante los primeros meses del año 2003. El reflujó actual tendría que ver con el logro de su principal objetivo inmediato –la retirada de las tropas españolas de Iraq– y, luego, con las limitaciones objetivas y subjetivas con que ha tropezado la asunción de otros objetivos y demandas cuya consecución parecía más difícil, teniendo en cuenta además la configuración de un nuevo contexto en el que, por el contrario, hemos asistido a una significativa movilización de otros sectores sociales en torno a muy diferentes líneas de fractura –“antiterrorismo”, “unidad de España”, educación, matrimonio y religión– en las que la derecha ha podido jugar un papel protagonista.

El futuro de este “movimiento de movimientos” se encuentra con interrogantes e incertidumbres comunes a los que se dan en otros países, aunque también, como se ha insistido en este trabajo, con dificultades especiales ligadas a nuestras especificidades históricas y culturales. En todo caso, tiene interés mencionar el pronóstico más general que hace el veterano estudioso de los movimientos sociales Sidney Tarrow (2005) cuando sostiene que el “nuevo activismo transnacional” será episódico y contradictorio pero tendrá un impacto más visible que en el pasado en las políticas de ámbito estatal, al mismo tiempo que encontrará en las decisiones que tomen las instituciones internacionales un “arrecife de coral” en el que poder seguir protestando y llegar a formar coaliciones nacionales-globales capaces de obtener éxitos significativos en los próximos años. Por eso propone verlo no como una “marejada de la historia” sino, más bien, como una serie de olas que alcanzan la playa internacional, retirándose repetidamente a los mares internos pero dejando cambios crecientes en la costa.

Desde esa visión a medio plazo, también en el caso español se puede sostener que este movimiento altermundista se ha convertido en un nuevo actor político, social y cultural en el que se reconoce, de manera más informal que formal, una diversidad de movimientos y colectivos capaces, a su vez, de conectar con una amplia franja de simpatizantes potenciales en torno a determinados objetivos y demandas en conflicto con el neoliberalismo e incluso con la lógica y los intereses del capitalismo global. Pero precisamente porque el contexto y el horizonte de expectativas de cambio radical son muy distintos a los de épocas pasadas –especialmente si nos referimos a los años 60 o a los que, en nuestro caso, se vivían ante la caída de la dictadura–, este movimiento está dando mucha mayor relevancia que entonces a la dimensión ética, expresiva o simbólica de sus luchas que a la meramente instrumental o cortoplacista en su confrontación con “el sistema”. De ahí también que en los núcleos más activos y pensantes de este

movimiento se encuentre una preocupación mayor que en las anteriores generaciones por demostrar coherencia entre lo que se dice y lo que se hace en la defensa de “lo común”, no siendo ajeno a todo esto la influencia que en muchos de ellos ha podido tener la “vieja-nueva cultura” de los movimientos de los pueblos indígenas de América. Son estos “nuevos sujetos” los que han obligado, además, a un cambio de mirada no sólo del presente sino también de un pasado colonialista, racista y eurocéntrico que tiene que ser revisado para ponerse al servicio de una cosmovisión alternativa que, en palabras zapatistas, permita construir un mundo en el que quepan todos los mundos.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Brzezinski, Z. (2005). *El dilema de EE.UU. ¿Dominación global o liderazgo global?*. Barcelona: Paidós.

Calle, Ángel (2006). *Nuevos movimientos globales. Hacia la radicalidad democrática*. Madrid: Editorial Popular.

Davis, Mike (2006). *La ciudad imperial y la ciudad miserable. Entrevista*. Sin Permiso (www.sinpermiso.info) (reproducida de la revista Mother Jones, 21 de mayo).

Fernández Durán, R. (2006). *El tsunami urbanizador español y mundial*. *El ecologista*, 48.

Ibarra, P. y Martí, S. (2003). “Los movimientos antiglobalización. La Consulta Social para la Abolición de la Deuda Externa”. En M. J. Funes y R. Adell (eds.), *Movimientos sociales: cambio social y participación*. Madrid: UNED.

Martí, M. y González, R., “¿Hacia un nuevo movimiento en defensa del territorio en Catalunya?”. *Viento Sur* (87), 115-119.

Pastor, J. (1998). “La evolución de los nuevos movimientos sociales en el Estado español”. En P. Ibarra y B. Tejerían (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Madrid: Trotta.

Pastor, J. (2000). Una izquierda alternativa, ¿para qué?. En J. Pastor (ed.), *Opciones alternativas. Reflexiones desde la izquierda ante el nuevo siglo*. Madrid: Los libros de la catarata.

Sampedro, V. (ed.) (2005). *13-M. Multitudes on-line*. Madrid: Los libros de la catarata.

Tarrow, S. (2005). *The New Transnational Activism*. Cambridge: Cambridge University Press.

VV.AA. (1995). *El libro del Foro Alternativo. Las otras voces del planeta*. Madrid: Talasa.